

Suplemento Fotográfico  
DE  
**LA TRIBUNA**  
DIARIO DE LA MAÑANA  
SAN JOSE, COSTA RICA



## LA RESURRECCIÓN DE EUROPA

El restablecimiento económico de Europa proviene en su mayor parte del increíble desarrollo de sus mercados coloniales, y de la explotación de sus posesiones exóticas.

por el Dr. JULIUS KLEIN

SE comete con frecuencia el error de considerar el problema de Europa como algo que pertenece exclusivamente al Viejo Continente, olvidando que es en realidad un caso universal, pues la explotación de las colonias y mandatos sobre los cuales flotan en todos los continentes los pabellones de las grandes potencias, demuestra que en esas fuentes exóticas ha buscado Europa, agotada por un conflicto sin

precedente, las energías necesarias para restañar sus heridas económicas.

La importancia dada a las oportunidades comerciales de las colonias europeas, durante la recién pasada conferencia de Expertos en París habla muy claro al respecto. Las potencias europeas, esencialmente industriales, han vuelto la vista hacia los grandes mercados agrícolas compradores de productos manufacturados. Antes de la guerra, las colonias

se consideraban sencillamente como aventuras románticas, vestigios de pretéritas locuras o símbolos de prestigio que se conservaban para infundir respeto o temor entre los poderosos vecinos, sin que a nadie ocurriera pensar en ellas como campos de actividades comerciales.

La insistencia aportada por los delegados alemanes, hizo resaltar esta paradoja pues en 1913, las posesiones ultramarinas de Alemania absorbían

solamente \$14,000,000 de mercancías germanas, en un total de exportaciones que alcanzaba a más de \$2,800,000,000.

El valor de las colonias como centros productores de materias primas ha sido naturalmente puesto en relieve, pero la inversa es la regla predominante, pues una creciente cantidad de productos manufacturados en Europa, encuentra salida en las posesiones coloniales. El Imperio

Británico por ejemplo, tota 46% de las exportaciones británicas mientras en 1913 sólo llegaba a 36%. La India, compra anualmente \$409,000,000 de mercaderías inglesas, o sea el 12% del total, y Australia, que ocupa el segundo lugar, adquirió mercaderías por valor de \$271,000,000. Una de las colonias inglesas que han hecho más progreso es la de Nigeria Occidental, cuyas adquisiciones, por cabeza de habitante, superan en 100% a las de los Estados Unidos. Las exportaciones británicas a Ceilán, son el doble del total exportado a Rusia, y sus ventas al archipiélago de Australasia con sus islas, floras y montes, se habrán sobrepasado al total de lo absorbido por toda la América Latina.

La Gran Bretaña en suma lleva la mitad de las necesidades materiales de la India, Guinea del África del Sur y de Nueva Zelanda, 43% de los requisitos de Australia y 16% del Dominio del Canadá.

Pasando a la importancia de las posesiones inglesas como productoras de materias primas encontramos que 67% del té, 53% del hule, 76% de las piñas, 61% del cacao, 57% de los cacahuetes, 58% del arroz, 75% del aceite de palma y 46% del grano producidos anualmente en el mundo han originado bajo el pabellón británico.

El sistema colonial entraña naturalmente marcas desventajadas para los países extranjeros, que no pueden competir con la madre patria en surtir el mercado en condiciones tan favorables. La preferencia mutua acordada por ejemplo entre las Antillas Británicas y el Canadá, ha hecho aumentar el comercio entre esos dos miembros de la familia imperial británica en 20%, cuando en 1912 sólo llegaba a 8%.

El príncipe de Gales ha sido varias veces designado en forma honorífica como el mejor agente viajero de Inglaterra, pero las cifras indican que su importancia en aumentar el interés económico entre las colonias y la vieja Albión es muy real, pues a raíz de su viaje al África donde su visita era ardentemente esperada aumentó el comercio con Inglaterra, y el interés de los comerciantes y banqueros británicos descubrió a su vez posibilidades inesperadas en el Continente Negro.

El imperio británico en el África, desde Abisinia hasta el Cabo está prácticamente inexplorado. En las altiplanicies del interior se extienden por miles de kilómetros tierras férciles para todos los cultivos imaginables, y el café, el sisal y el tabaco que forman las principales fuentes de riqueza de la América tropical se dan maravillosamente en el África que puede llegar a ser un serio competidor en esos ramos en los mercados mundiales.

La aviación desempeña un importante papel en la expansión colonial europea, pues repentinamente hoy el juego de hace veinte años, cuando las cancellerías se esforzaban por adquirir estaciones navales, la corriente moderna tiende a establecer líneas de navegación aérea como símbolo material y espiritual de prestigio.

Francia ha ido a la vanguardia del movimiento, organizando servicios excelentes en la parte Occidental del África donde se extienden sus avanzadas. Dakar, en la extremidad occidental del continente, sirve de punto de partida al servicio de correo aéreo entre Europa y la América del Sur, que se halla colonizada así a nuevos días de las grandes capitales del

# Termocauterío

por Puigilli

**F**ERROZ cauterio. Cuando un médico o un abogado te dice: "No me llame doctor, no me conguirleco de eso", prueba llamarlo "señor".

—El deber es un pretexto de primer orden para acometer a golpe seguro una mala acción. El maquinista del vapor causante de un choque con otro, mente "deber" de prestar declaración en contra de su comandante sólo después de haber disputado con él.

—"Tú me amas menos..." "Yo te quiero más..." "Ya no me quieres como antes..." Así dicen los enamorados, con tono de lamento. Y no saben que el amor es una forma de energía eléctrica que, para existir, ha menester de una diferencia potencial.

—Cuando en una producción literaria quisiera aparecer el humorismo, pero no aparece, entonces es llamado pidoanismo, "fino humorismo".

—Los adueroses fuman de contrabando; los críticos teatrales siempre tienen alguna obra que entregar al director de compañía que les estrecha la mano.

—Las debilidades humanas se llaman "tendones de Aquiles", porque las debilidades de los grandes hombres siempre se hallan más cerca de los pies que del cerebro.

—"Soy padre de familia, tengo mujer e hijos." He aquí una frase que justifica cualquier incorrección, abuso de confianza o hecho punitivo.

Viejo Mundo. Mussolini por su parte trata de consolidar las comunicaciones con las posesiones italianas del Mar Rojo y de Trípoli.

La explotación del África concentra hoy el interés mundial, y desde hace varios años, los esfuerzos británicos han ido encaminados a consolidar el imperio Sud Africano, aunque de poco tiempo a esta parte, los vecinos inmediatos han lanzado a su vez contra ofensivas significativas cuya importancia no puede disminuirse.

Bélgica, Portugal y Francia han obrado activamente en tal dirección. Las autoridades coloniales francesas han obtenido créditos adicionales por un total de ochocientos millones de francos para abrir el Congo a la civilización, mediante la construcción del ferrocarril de Brazzaville al Congo Inferior, facilitándose así la explotación de los yacimientos de cobre más importantes del mundo, que se encuentran en el mismo distrito que otras inmensas minas de hierro, manganeso, y cobalto, sin olvidar las reservas de hule, caoba y otras materias primas de gran valor.

El desarrollo del Congo belga, ocurrido desde la guerra, es pasmoso. Durante la última década, se han construido tres mil kilómetros de

—Llamamos excepciones a aquellos que no han caído en nuestro error.

—La indulgencia es la peor forma de la indiferencia.

—El desaliento es la excusa de los imbeciles.

—El dinero sólo sirve para crear ingratos.

—El hombre de carácter tiene forzosamente mal carácter.

—La susceptibilidad no es más que un producto de la vanidad; el orgullo la ignora.

—Tened enemigos! Vuestros amigos podrán cansarse un día de hablar de vosotros; vuestros enemigos, jamás!

—El médico me asusta y yo no me tranquilizo. Si me dice: "Usted tiene tal enfermedad", le creo; si me dice: "Usted curará", ya no le creo.

—El amor es una enfermedad del estómago que se cura con la indigestión.

—El enamorado es un infeliz que cree infelices a los felices que no están enamorados.

—El hombre que se demuestra seguro del amor de una mujer, no está enamorado.

—El hombre que no comprende la melancolía, no comprende a la mujer.

—La alegría busca el amor; pero el amor no busca alegría. El amor que termina es una curación; el amor que se trunca es una enfermedad que empieza.

ferrocarriles, diez mil kilómetros de nuevos caminos, y establecido servicio aéreo regular en más de cuatro mil kilómetros. Una sola cifra bastará para comprender la importancia que tiene el Congo para Bélgica. Durante 1928, los capitalistas belgas percibieron quinientos millones de francos como dividendos sobre sus inversiones en el Congo.

Francia no se ha quedado atrás, haciendo coincidir el desarrollo agrícola con el establecimiento de barreras arancelarias prohibitivas contra los productos extranjeros manufacturados, y ha explotado además la romántica atmósfera creada a sus posesiones argelinas estableciendo hoteles para el turismo transatlántico.

Así como en las amargas horas de la guerra reclutó Europa hordas asiáticas y africanas para llenar los vacíos de sus filas, así contribuyen hoy las colonias a darle vida a las madres patrias a cambio de una protección y una civilización relativa. Privada de colonias, Europa hubiera agonizado lentamente sin esperanza de redención. El problema máximo que se agita hoy ante los estadistas europeos, es adormecer la naciente conciencia nacionalista de los pueblos coloniales, y tratar de continuar su explotación en provecho propio

¿Que s b Ud. de est.?

En la alimentación racional es muy importante tener en cuenta no sólo lo que conviene a todo organismo, sino también las causas que pueden alterar las buenas propiedades de los alimentos.

—¿Sabe usted que el frío intenso embota los órganos del gusto?

Por este motivo es necesario endulzar y asar bastante los alimentos que hayan de consumirse helados.

—¿Sabe usted que los alimentos dulces helados deben dejarse "madurar"?

Por este motivo los sorbetes tienen mejor sabor cuando han sido preparados unas horas antes de servirlos.

—¿Sabe usted que los líquidos aumentan de volumen al helarse?

Por este motivo las máquinas heladoras no deben llenarse más que en sus tres cuartas partes.

—¿Sabe usted que cuando los sólidos se convierten en líquidos absorben calor?

Por este motivo el contenido de la heladora solamente se hiel a medida que el hielo que lo rodea se derrite.

—¿Sabe usted que para preparar helados es necesaria una temperatura inferior a la del punto de congelación del agua (ceros grados)?

Por este motivo no basta con echar hielo en la heladora.

—¿Sabe usted que es posible conseguir una temperatura inferior a cero grados agregando sal al hielo?

Por este motivo es conveniente echar en la heladora una mezcla de tres partes de hielo por una de sal.

—¿Sabe usted que no es posible conseguir, en una heladora, una temperatura inferior a 13.5 grados bajo cero; puesto que al llegar a este punto, el agua del hielo habrá disuelto toda la sal que pueda contener?

Por este motivo sería inútil echar sal en exceso.

—¿Sabe usted que con una congelación lenta y normal se obtiene un helado de consistencia más suave que revolviendo o agitando mucho la heladera?

Por este motivo resulta un helado bastante y granular cuando la congelación se ha apurado mucho.

## S. M. FL ANQUI

El empleo de maniquí profesional se está haciendo más importante en Nueva York cada día y está llevando jóvenes hermosas de las esferas del teatro y del cine. La joven que sea graciosa, esbelta, bella, que tenga aire y elegancia para llevar un traje, si está dispuesta a trabajar arduamente, a privarse de los placeres de la mesa y del baile y si tiene buenas facciones que salgan bien en los retratos, reúne todos los requisitos necesarios.

Pero aunque parezca que no debía faltar muchachas que tengan todas esas condiciones, lo cierto es que en toda Nueva York, con sus legiones de mujeres bellas, se calcula que no hay más que una 150 muchachas que puedan considerarse como modelos de primer orden, y de éstas sólo hay 21 que reúnan el cien por cien de todas las condiciones que debe reunir la perfecta.

Una de estas modelos perfectas, Adla Babá, fue escogida por la Asociación Nacional de Comerciantes del Reino de Ropa Hecha, como la americana típica ideal. Su cara y su figura son muy conocidas en todas partes del mundo, en más poses que la más popular actriz, por constantemente recibir pedidos de fotografías para avisos.

# LA MANO

por OSVALDO MUÑOZ MAINES

Cuando el policía Montalvo, conocido por el apodo de "El dogo", entró al jardín de la casa del crimen, un agente que se hallaba de guardia en la puerta lo saludó cuadrándose militarmente.

—¿Ha ocurrido alguna novedad?— preguntó, deteniéndose.

—No sé a qué se refiere, señor. —Digo si ha sido visitada la habitación del crimen.

—Solamente el comisario de la asociación y un empleado de usted.

—¿Mio?— preguntó extrañado.

—Ésta, decir, de la división central. —Ésta bien... ¿Ha sido movido el cadáver?

—No, señor. Estoy esperando al médico de policía.

Sin contestar palabra, con el ceño fruncido que marcaba una raya vertical entre las cejas, Montalvo se detuvo a contemplar la finca en que el crimen había sido cometido: una casa alta, cuadrada, rodeada de árboles. Se trataba de una mujer anciana, de hábitos regulares, que recibía escasos o ningunos visitas y que hacía una vida extraña de soledad y aislamiento. Tenía a su servicio a un matrimonio de ancianos que se hallaban ahora temerosos aterrados buscando una reacción al calor de la cocina. Ninguno de los dos podía casi articular palabra. Ella había sido la cocinera y la confidente de la víctima; él, el jardinero y hombre de confianza: una especie de intermediario entre la puerta de casa y el mundo exterior.

Por la mañana, como todos los días, la mujer, Clarisa, luego de preparar el desayuno frugal de su ama, subió a las habitaciones de ésta. El marido, Pedro, que quedara abalao, oyó de pronto el estruendo de vajilla que caía, alzándose un grito de horror y angustia de su mujer.

En toda la cercanía que le permitían sus piernas anquilosadas, tenía la anciana que daba acceso a la planta alta, hallándose con este cuadro: Clarisa semi-desnucada apoyada en el muro lleno de espanto; el ama, en el suelo, próxima al centro de la habitación con la camisa a media plena y el rostro lleno de sangre.

Montalvo atravesó el hall sencillamente, ascendió la escalera. Una puerta abierta le guó sin esfuerzo, hallándose de pronto en la habitación que fuera mudo testigo del drama.

Era evidente que Rosa Tudor había sido estrangulada. A lo largo del cuello, por la parte anterior, aparecían bien visibles los rastros de una mano poderosa: velase un largo hematoma y estrías del espacio de aquella entre falange y falange. Una hemorragia enorme de las vías respiratorias, había desfigurado el rostro de la mujer; la cabeza se elevó, como la sombra de un árbol podado en un espacio blanco de jardín.

Montalvo hizo un estudio concienzudo del cadáver. Hallábase éste boca arriba con las manos recogidas sobre el pecho como en actitud de rechazar un ataque. El policía dedujo, por la posición de aquéllas y maculones violáceos en los dedos, que la muerte no fué obra fácil, ni de costadas segundas. La despedida, mujer debió resistir largamente la bárbara presión y su agonía también debió ser espantosa. Al pensar en esto el policía se estremeció.

De pronto, al inclinarse sobre el le-

cho, tuvo un sobresalto. En la almohada, cerca del hoyo donde descansara la cabeza de la anciana, apareció bien visible la huella de una mano sangrienta. Esta misma huella, pero más borrosa, apareció también en la colcha blanca en la que, evidentemente, se las había secado el asesino una vez cometido el crimen. Al inclinarse Montalvo sobre los rastros, percibió un extraño olor...

El policía se irguió: los labios apretados, el gesto adusto. Su mirada recorrió la habitación. Había en un ángulo, cortándolo en triángulo, un armario con luna veneciana. El espejo, en la unión de la puerta con el marco mostraba apenas visible la huella de dos dedos abriendo: el índice y el mayor. Abriendo la puerta con cuidado, ya que los rastros eran sumamente débiles, notó Montalvo que el pulgar se había asentado en el contramuro donde era bien visible.

En el interior del armario, algún desorden: imposible era saberlo,

liquido denunciaban ahora su trayectoria: primero donde aparecen más vigorosos los rastros; en el lecho; seguidamente en el armario de la ochavata.

El policía ha quedado pensativo y desorientado. La huella de la colcha es tan vigorosa como la de la almohada. Pero entonces, si se ha secado allí, ¿cómo es que aparecen los rastros en la luna del espejo y en la ropa del armario? ¿Volvió el asesino a revisar por segunda vez el cadáver? ¿Cómo, en ese caso—tan turbado estaría,—omitió el detalle importante de los nuevos rastros que iba dejando a su paso? ¿Había alguna llave, alguna cadena en el cuello de Rosa Tudor? El asesino, una vez cometido el crimen, desanda el camino y sale a la calle, dejando las cosas en el orden aparente de siempre...

Fuere seguir la idea del asesino, Montalvo amplía un sistema que siempre le ha dado resultado. Quien lo vea, pensará que ese hombre está loco. Si-

periben allí más confundidamente. Montalvo ha sonreído satisfecho. Sus ojos oblicuos y pequeños han tenido un relampago de satisfacción. Sonríe el policía, mostrando los dientes negros del abuso del Dabo. Del abuso del tabaco y de la falta de capital.

—Baja al jardín: lo recorre, lo huelea, va y viene. Se detiene aquí, salta allí, examina las puertas, las ventanas, la verja, el piso de pedregullo. Cuenta unas plantas, calcula, se acerca, se aleja, pasa a la cocina, interroga a los criados. Preguenta a Clarisa:

—¿A qué hora se levantó usted? —¿Cómo de costumbre, señor. A las siete y media.

—¿Notó algo de particular en la planta baja? —Nada, señor.

—¿Todo estaba cerrado como lo dejó anoche? —Sí, señor.

—¿Que gente viene a la casa? —¿A la casa? ¡Dios santo! Nadie, señor...

—¿Cómo nadie? —Es decir... sí, a veces, pero muy poca, el sobrino de la pobre señora...

—No flores y conteste... ¿Quién es el sobrino? —Un alma de Dios, señor...

—No le pregunto eso... ¿Cómo se llama? —¡Ay, señor!... No se conoce... Emilio Tudor...

—¿Dijo usted este dato a alguien? —Sí, señor... Esta mañana me interrogaron...

—Está bien. —Sale al jardín con el ceño fruncido, una expresión de cólera en el semblante. ¡Bah! el hecho parece bastante vulgar. El imbécil ha dejado su "tarjeta" por todos lados...

Al sentir pasos en el jardín, se vuelvo.

—¡Hola, Montalvo!— dice una voz bien conocida.

—Ah, ¿se usted, Casón? —El mismo. Aquí traigo un pájaro...

Montalvo levanta la vista. Ante él se halla un joven pálido, de rostro netrino y mirada helada. Viste de negro de pies a cabeza. Los ojos obscuros se disimulan tras espesas pestañas...

—Aspecto de canalla, piensa el policía. —Lo interroga. Se llama Emilio Tudor. La muerte era la única parentela que le quedaba: hermana de su padre. Una señora extraña, concentrada y solitaria.

—Yo le predije esta muerte— dice. Su voz parece que sale de un flautín. Montalvo nota que el silva se hace espesa en la boca del interrogado. El hombre habla con dificultad.

—"Agitación interna", piensa el policía, e interruge: —¿Supone usted por qué haya sido muerta su... la señora Tudor? —Para robarla, señor... Mi tía era tan avara como rica.

—¿Se llevaba usted bien con ella? —Sí, sí, señor... El policía nota una vacilación en la voz:

—Diga usted la verdad— le ordena duramente.

—Señor: no era Rosa Tudor de esas mujeres que se hacen adorar... A

(Pasa a la página 6)



por el momento al menos, qué faltaba allí. Lleno de sorpresa estableció "El dogo" que dos o tres prendas de ropa de uso interior mostraban también las mismas huellas sangrientas.

Pudo así Montalvo reconstruir el crimen: el asesino, que debió entrar a la casa mediante el uso de ganizas o alguna llave robada con anterioridad, una vez en la habitación, debió dirigirse directamente al lecho de la víctima. Ésta, ante la presencia inesperada del desconocido intentó huir. Entró en el miserable la avara, saltó entonces el miserable la avara, saltó entonces la avara, la estranguló fuertemente. La sangre, al fallar los vasos, tal vez por alguna conmoción interna, brotó de la nariz y la boca de Rosa Tudor. Es evidente que el bárbaro ha estrangulado a la anciana con una sola mano: con la otra, al sujetarla por el cuello, posiblemente, le ha hecho levantar la cabeza, y la sangre, cayendo el nivel, ha descendido hasta el cuello. El asesino no ha observado esto que será su pedicelo: sus dedos recorriendo el

usado bruscamente en la puerta, entra a paso de lobo, se dirige al lecho, se inclina sobre él con las manos rígidas. Aprieta el vacío. Su razonamiento sigue paso a paso la acción:

—Entró— murmura— la estranguló. Me percaté, después de haber tocado la ropa de la cama, de que mis dedos se han manchado de sangre. ¿Qué hago? Pues no tocar nada más con esa mano hasta lavarla. En cambio, he aquí debí error: el de la colcha y el del armario. Bien, mi ansiedad por buscar al diablo, supongamos, me hace ir directamente al chiste para borrar las huellas después. Pero, ¿por qué no hago desaparecer los rastros mortales? ¿Qué peligro me acecha? ¡Arriuen que llame abajo! ¡Un ruido sospechoso que suena de la calle!

El policía retrocede: la puerta de la habitación que da al vestíbulo ofrece la misma peculiaridad de la ropa de la cama, de la del armario: una huella sangrienta de dedos apenas visibles. Las papilas, empero, sobre la boca, se

# UN ARTE CHINO

Los notables frescos de los antiguos templos budistas en los grandes museos occidentales

por el Conde CARLOS SFORZA, ex-Ministro de Relaciones Exteriores



Estos tres frescos que antaño formaron el adorno de una sala del Palacio Imperial...

**P**ANGLOSE—la inmortal figura imaginaria creada por Voltaire, el gran satírico francés, no andaba muy lejos de la verdad al decir que no hay desgracia sin alguna ventaja. En efecto, la anarquía y las miserias por las que atraviesa la vieja China han impedido las invasiones a ese país de los iconoclastas de Europa y América, que durante años saquearon los templos y palacios del Imperio Florido para satisfacer la curiosidad occidental.

La industria de sobornar a los guardianes de los templos, para llevarse los adorables frescos pintados en los muros era corriente. Así como nuestros padres coleccionaron y admiraron los jirones multicolores y las curiosas vestijas centenarias, nuestra generación se deleita en los frescos y tapicerías, pintados y tejidos especialmente para el adorno del Palacio Imperial y que hasta 1911 permanecieron completamente ignorados de los aficionados a las bellas artes chinas.

Ni Paleólogo, que comenzó su brillante carrera diplomática como Secre-

tario de la Legación de Francia en China, ni Bushell, la autoridad más versada en la materia se refieren a los Kuo-seus, cuya existencia problemáticamente ignoraron, no sin motivo.

Los Kuo-seus fueron en efecto tejidos para adornar el interior de las tiendas imperiales cuando el Emperador y su séquito efectuaban sus largas peregrinaciones a Jehol, y otros distantes lugares. Con la decadencia de la dinastía, los emperadores se tomaron más y más afeitados, olvidando la casa y los viajes. En vez de las largas corrientes de antaño, la sola excursión efectuada en palanquín, era del Palacio de Versalles al de Invernal, a pocos kilómetros de distancia. Los Kuo-seus fueron poco a poco olvidados en los inmensos guarderíos imperiales, sin perder empero el carácter de sagrados, y fueron siempre cuidados con esmero a fin de no permitir un sacrilegio.

En los años 1911 y 1912 comenzó a hacerse palpable la próxima caída de la dinastía, y los eunucos de la corte, precavidos contra las incertidumbres

del mañana, fueron extrayendo secretamente todos los objetos de arte y sederías que podían pasar sin ser notados. Los Kuo-seus eran entonces poco apreciados y conocidos, y sólo más tarde Krupenski, de la embajada rusa, y Everts de la Legación Belga compartieron conmigo el placer de descubrir estas obras de arte.

Inmediatamente tras los Kuo-seus, presenciémos la invasión de esculturas chinas, que principió con el descubrimiento y saqueo de las cavernas de Lungmen en la provincia de Honan, cerca del Río Amarillo. París, Londres, Roma y Nueva York se vieron anegadas por malas copias de esculturas orientales, reminiscentes de las delicadas tana-grinas, pero sin el fácil encanto de las figuras griegas.

La guerra me obligó a volver a Europa abandonando un país donde había gozado de completa felicidad mental, quizás porque al penetrar la filosofía y la historia de China se puede apreciar en su verdadero valor nuestra vana agitación de Arios inferiores.

No estuve, por lo tanto, personalmente presente en el nacimiento de la nueva moda de arte oriental, los frescos budistas, pero sí me contaba entre los pocos seres que habían oído mencionarlos y los habían contemplado, desde antes de la guerra. Durante mis viajes a través de la provincia de Honan, donde había ido a visitar unos misioneros italianos empeñados en inculcar máximas cristianas a los orientales, me sorprendieron las magistrales pinturas murales, descubiertas en pagodas ignoradas, y que revelaban gran semejanza con el arte florentino.

Los chinos cristianos que me servían de guías me ofrecieron en seguida venderme el objeto de

mi admiración por unos pocos taels, lo retundamente. Como representante podía sentir el precedente de saquear los tesoros artísticos de China, aunque mí mismo no les diera importancia alguna.

Pocos días más tarde, en un templo adorado, me impresionó todo el arte de líneas de otro fresco mural, semejante que suelen aún verse en las viejas iglesias que mis primitivos ancestros comenzaron a edificar. Negociado el asunto y estado ya para la mañana siguiente, pudo mi guía de tener religioso que no deseara de pagar el arte.

Las fusionismos de los budistas y de los cristianos parecían emocionada a los hombres, en el momento tan perfecto paz, irreflexivamente los mosaicos del suelo bajo el cual tuve el valor necesario para destruirlos. Entregué a los guardianes la venta, partiendo después de haber tomado una fotografía del fresco.

Nunca olvidaré las miradas de reproche convertidas, que arrojan en mi cambio de frente a mi respecto por un hombre que se permitía tocar y destruir las cosas de sus pensamientos.

Quieren como yo he estado en las frescos murales de las pagodas olvidando la artificial admiración de los bazares donde generalmente se ven obras de arte en custodia, quizás como presión.

Si he designado este cuadro con el nombre de fresco budista, es que me acordé en ellos otros tipos, que me

# UNO DESCONOCIDO

Los templos búdicos encuentran ahora acogida en los museos occidentales.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, y Ministro en China.



Palacio Imperial de Pekín, se hallan ahora en el Museo Británico.

Los pocos tael, lo cual rehusé representante de Italia, no obstante de saquear y destruir a China, aunque los chinos de importancia alguna.

En un templo de los alrededores tanto el arte y la pureza del fresco mural, semejante a los

de las viejas iglesias italianas, que los pintores comenzaron a vacilar y estando ya todo histriónico, pudo más una especie de deseo de poseer la obra

de los señores y de mis asistentes que ni hostiles, pero habiendo la paz, brillaban tan viva al suelo bajo el sol, que no

para derribar uno de los guardianes la suma con ganas de contentarme con todo fresco.

Las pinturas de reproche de los que atribuyeron con razón mi respeto por un lugar sagrado, que reunían los infieles a imitar vagaba sin duda el hilo de

que admirado en sus nativos de las pagodas orientales, en la atmósfera de los museos occidentales se contemplan con respeto, quizás compartan mi

Los cuadros murales con envidias, es que nunca he en un tipo, sino el del culto.

Budha. Los Budhitasmas o sus discípulos de Budha, están frecuentemente representados teniendo la rueda de la ley; los guardianes de los Cuatro Puntos aparecen envueltos en gigantescas banderas escarlatas flotan como impulsadas por el viento. Tintoretto mismo, en sus magistrales frescos de Venecia, no desplegó mayor nobleza en los movimientos, ni mayor conocimiento del colorido.

Lo pasmoso de los frescos chinos es que guardan marcados puntos de contacto con las obras de los primitivos italianos en cuanto a composición y atmósfera, mientras los retratos, y en especial los de gran tamaño traen a la memoria el estilo de algunos pintores españoles e italianos del siglo XVI. Los mejores frescos descubiertos fueron ejecutados por los artistas olvidados que vivieron durante la dinastía Sung, edad de oro del arte chino, que duró tres siglos, del siglo X al siglo XIII. Debemos admitir modestamente que el arte occidental estaba entonces en su infancia, despiantado solamente en algunas figuras convencionales, carentes de calor y vida.

Algunos críticos van más allá, opinando que los mejores frescos se remontan a la dinastía Tang, que reinó de 618 a 206 de nuestra era, pero nadie podrá jamás saberlo con certeza. Personalmente, me parece superfluo y peligroso tratar de analizar los períodos artísticos de la China, pues se debe tener presente que todo artista chino, en cualquier rama del arte, se ha ceñido siempre a reproducir imágenes o modelos pasados o muertos. Así como las reglas de la poesía, de la literatura y del discurso quedaron fijadas de manera inmutante en el Libro de Poesía, vemos que en pintura y escultura, los artistas se han atendido a reproducir con más o menos arte, imágenes convencionales, tendiendo a una especie de eternización del estilo. Ocurre por eso con frecuencia que los críticos



de arte chinos, tropiecen con obras de artistas contemporáneos al parecer, y que estuvieron en realidad separados por varios siglos, aunque sus cuadros y esculturas sean similares. En el caso de la porcelana, acontece algo más sorprendente todavía. El apogeo de la porcelana tuvo lugar durante el siglo XVIII, bajo el emperador Yung Chen. Los artistas de ese período se enorgullecían en reproducir porcelanas de siglos pasados, y por eso se encuentran hoy numerosas ejemplares de jarrones de la era Yung Chen, fechados y sellados como de dos o trescientos años antes.

Cito ese caso típico, pues se presentaba a cada rato en Pekín hace unos quince años. Era corriente encontrar ejemplares de porcelanas con las características de la era Tang, siendo simples copias Ming, de objetos de arte anteriores.

El colorido de las porcelanas conser-

va una frescura inexplicable para los artistas de Occidente, y revela una mezcla curiosa de estilos Bizantino y Primitivo. La ejecución ha sido más rápida y fácil que en las obras de arte occidentales, pero debe también tenerse en cuenta que el artista chino se atiene casi siempre a modelos ya existentes, sin emplear la imaginación.

Ahora que los horrores de la guerra civil parecen al fin llegar a un término, y que la destrucción de los templos y pagodas por los combatientes no está ya de moda, el Occidente quizás vuelva a invadir la China para robarle los pocos tesoros que le quedan. Mucho temo que el ensueño de ver unirse el mundo en un culto común a la belleza y al arte, nunca se realice. Al ver el santuario del Oriente por la curiosidad de Occidente, recuerdo como una paradoja la frase de Mazzini, el apóstol de la unidad italiana: "Amo y admiro a todas las naciones, porque amo a la mía."

# LA MANO

(Viene de la página 3)

veces reñamos. Dos veces estuve ca-  
si un año sin verla.

—¿Por qué?

—El hombre baja la cabeza, luego  
dice:

—La pedí dinero y me lo negó...

—¿Eh?—salta con expresión de  
triumfo el otro policía.—¿Qué me dice,  
Montalvo?

—Que me deje en paz, Casón. Uste-  
do siempre será un imbécil.

—¡Oh!...

—¿Quién hereda a Rosa Tudor?—  
interroga el policía sin hacer caso de  
la exclamación de su colega.

—Ah, señor...

—Yo... Cuéntenme usted la últi-  
ma rencilla.

La boca de Tudor se hace más pas-  
tosa: el hombre sufre, evidentemente.  
Con un esfuerzo, comienza el relato  
con voz entrecortada. Habla lenta-  
mente. Pero Montalvo no lo oye. Su  
oído se transporta con las manos de  
Emilio Tudor. Unas manos enormes,  
de dedos ganchudos, de uñas de bultes.  
"Arríñenos", piensa. "Temperamen-  
to bilioso..."

De pronto coge aquella mano. La  
siente helada:

—¿Por qué? Inquietud profunda...

¡Toda la sangre la tiene este hombre  
en el corazón!—Continúa—agrega en  
voz alta.—¿Por qué no continúa?

—Sencillamente—dice Casón riendo,  
—porque ya ha terminado.

En ese momento llegan los de la  
fotocopia. Se examinan los ras-  
tros, se confrontan con la mano de  
Tudor.

—Completamente distintos—afirma  
el técnico.—Esos rastros no son de  
este hombre...

Tudor respira.

—Opino lo mismo—dice Montalvo.  
—Soforosa: hasta luego.

Salte. Sus pasos se pierden en el  
calle. Poco después el sobrino es  
puesto en libertad...

Suena la campanilla del teléfono en  
el despacho de "El dogo".

—¡Hola! ¿El señor Montalvo?

—Sí: soy yo, Ruiz. ¿Qué ocurre?

—Una cosa increíble, jefe... ¡  
Las huellas halladas en la habitación  
pertenecen a...!

—¿A quién?

—¿A un muerto!...

—¿Yamos, Ruiz—dice Montalvo con  
un estremecimiento.—Déjese de bromas  
estúpidas...

—No es broma, señor Montalvo: o  
se trata de una analogía única o per-  
tencen a un muerto. Sería imposi-  
ble lo primero. El registro acusa a  
un desdichado que se ahorró el mes  
pasado de hambre y de miseria...

Al principio se lemoreó quién podría  
ser. Fue expuesto en la Morgue...  
Allí lo reconoció un traperero...

—Ah, bien... Gracias, Ruiz.

—¿Cómo gradías?

El policía cuelga el tubo y no con-  
testa.

—

**T**RANSCRIBIEN varias sema-  
nas. La actualidad del crí-  
men ha cedido poco a poco en el olvido.  
Emilio Tudor, ya olvidado del suceso  
que lo hace rico, vive en el en-  
trésulo en que habita, tan solitario,  
modesto y obscuro como él.

De pronto, alguien golpea la puerta  
con los nudillos de los dedos. Tudor  
despierta con brusquedad: escucha.  
La llamada es tímida, como de perso-  
na que no está muy segura de no in-  
comodar. Se arroja de la cama, ya

# HORAS DE AMOR

por RICARDO LEÓN

¿Te acuerdas? Quise, con impulso alevé,  
sobre tu pecho colocar mi oído  
y escuchar el dulcísimo latido  
con que tu blando corazón te mueve.

Prendí en mis brazos tu cintura breve  
y hundí mi rostro en el caliente nido  
de tu seno, que es mármol encendido,  
carne de flores y abrasada nevada.

¡Con qué prisa y qué fuerza palpita  
tu enamorado corazón! Pugnaba  
tu tallo, en tanto; mas, con ansia loca  
baja la nieve el corazón latía,  
y en su gallarda rebelión quería  
saltar del pecho por besar mi boca...

tranquilo del todo, y abre la puerta.  
Retrocede violentamente.

En el umbral se dibuja la extraña  
silueta, serpiente y burlesca, del policía  
Montalvo.

—¿Qué desea usted?—pregunta  
alarmado Tudor.—¿Qué ocurre ahora?

—Conversación de palabras con usted  
—es la respuesta.

Entra y cierra la puerta tras de sí.  
Loego, procediendo a la inversa, invita  
al dueño de casa:

—Sientese usted—le dice.—Habláre-  
mos tranquilamente.

Tudor obedece. Un frío sudor le  
baña la frente.

—¿Qué ocurre?—vuelve a interrogar  
con ansiedad.

—Una tontería—contesta el presu-  
gado.—Se acaba de descubrir al asesino  
de... su señora íta...

—¿Lo han detenido?

—No, señora íta—prosigue "El dogo".

—¿Señora o señorita?

—Era soltera...

—Ah, señorita entonces... La  
verdad es que debe haber sido bien  
triste la vida de esa anciana sin un  
compañero, sin un afecto... Miento  
le quedaba usted, ¿no?

—Efectivamente—contesta Tudor  
con voz ronca.

Montalvo baja la mirada y examina  
la mano del sobrino. El examen es  
tan detenido, que el hombre se crispó.

—¿Me dirá usted al fin...?

—Paciencia—dice el policía.—Le  
mira los dedos, señor Tudor, y piensa  
que esas manos podrían ser las de  
un asesino... ¿Dí, no se sobresalta?

—¿Y a sabe que no son, ¿no?

—¿Verdad que no?

—Yo no entiendo lo que usted in-  
tenta—dice Tudor con voz estrangula-  
da.

—Paciencia... paciencia... De  
manera—continúa—que ahora pasa  
usted a la categoría de rico... ¿No  
es así, señor sobrino?

—¿Pere...?

—La vida le era difícil... El  
juego... las mujeres... Sobre to-  
do el juego. Porque usted, amigo Tu-  
dor, es un hombre que comprendo que  
uno trae lo otro; es decir, el dinero a  
las mujeres, ¿verdad? Por eso jue-  
ga... ¿Pere...?

—No. Los hijos negros acaban  
tras los labios mordidos como los de  
un cadáver. La mirada escruta.

—No le entiendo... ¿Usted quie-  
re decir que...?

—Sencillamente, que viene en bus-  
ca de la mano.

Una palidez intensa invade el rostro

—¿Machacados?

—Efectivamente!

—¿Es usted un estúpido bribón, se-  
ñor asesino?—dice el policía con voz  
hostiva.—¿Hizo usted el trabajo más  
idiotia de un desdichado criminal, co-  
mo se usted... Llevó esa mano para  
preparar la coartada. La robó usted  
de la Morgue el día anterior al crimen.  
¡Era una mano conservada en formol!  
El olor quedó impreso en las sábanas,  
flota en el armario, en la puerta, en la ropa  
en el interior... Usted fué al anticuato  
a visitar al portero, a quien conocía  
de larga fecha. Recorrió las dependien-  
cias de la clínica. La mano abando-  
nada sobre un mesa de mármol le ha-  
mó la atención. Despertó en usted la  
idea de emplearla para el crimen, crí-  
men que, entre paréntesis, ya tenía us-  
ted premeditado. Pensó que al hecho  
no podía dársele otra importancia que  
el que generalmente se da a estas ma-  
nifestaciones en las clínicas. Las im-  
presiones digitales de un muerto tra-  
sferían una confusión: se creería en una  
similitud percibida una vez en la in-  
dustria por el doctor Romer. En último  
caso, la opinión pública no le iba a ac-  
ceptar la leyenda de la policía al resaca.  
¡Una mano de muerto cometiendo un  
crimen!... ¿Lo demás lo sabría un  
chiquillo. Entró a la casa con una  
llave falsa. Subió a la cama con la  
pobre anciana y la estranguló. Des-  
pués, la mano del muerto vivió al  
mundo. Se secó en la colcha, pero se  
secó mal. Era demasiado vigorosa la  
impresión, e hizo usted la tarea a  
la inversa. Yo en su lugar, de ser tan  
idiotia como usted, no toca las sába-  
nas ni la colcha y dejo una sola huella,  
¡una sola!—en la luna del espejo;  
pero de una mano sino formol. ¡Aten-  
ción, señor asesino, se usted un mal  
hadrón, o mejor dicho un ladrón pose-  
liberal: no se quisiera robar a usted mis-  
mo. En la segunda tabla, usted mis-  
mo que usted, es decir, la mano del  
muerto tocó, habla una cartera con  
más de mil pesos. De allí partió el  
nequisito. Lo demás... ya se le  
contará usted al señor juez de instrucción...

¿  
Tiene  
usted  
el cutis  
requemado por el sol?

Si no se atiende usted a tiempo, el cutis se marchita y envejece. Lo mejor es empararse la punta de los dedos en Crema Hinds y aplicarla suavemente en todas las partes requemadas. Su deliciosa frescura quita inmediatamente el ardor. Su uso continuado devuelve al cutis su blancura y lo conserva suave, terso, atepiculado.

Pero la Crema Hinds tiene una ventaja más. Evita las quemaduras del sol si antes de salir se pone una poca y en seguida los polvos. Esto protege el cutis y lo conserva deliciosamente fresco, encantadoramente juvenil.

# CREMA HINDS

# PARA VIAJAR

por LIANE DE RETZ



Quiénes se entreguen a la dulce manía de viajar, saltando de hotel en hotel, o del vapor al tren, habrán notado que ninguna prenda se adapta mejor a las exigencias del movimiento que el traje sastre.

En la combinación de talle, falda y chaqueta se encierran posibilidades inesperadas. Para largos viajes en automóvil por ejemplo, la chaqueta presta protección contra la intemperie y el polvo, y al llegar a la meta y entregarse al tenis, a la marcha o a cualquier otro juego al aire libre el talle presta la libertad de movimientos necesaria.

Si el talle carece de mangas, como en la mayor parte de los casos, conviene llevar una bufanda de vivos colores, y estas armonizan especialmente con los "sweaters" tanto de lana como de algodón. Estas cómodas prendas ocupan poco lugar en la indispensable valisa de mano, y se llevan de preferencia en cortos viajes al campo, donde se desea estar a la vez cómoda y bien ataviada.

Las capas flotantes, presentan una agradable variación a la monotonía

El traje beige y café a la izquierda fué presentado por Chanel, y puede verse que le sirve de talle un "sweater" de lana acroponada. El modelo al centro es creación de Champoussinud, mientras a la derecha se ve el atrayente efecto causado por las capas descritas en el artículo al pie, en combinación con una chaqueta sastre.

del sobretodo, y al seleccionarse con tanto su tejido y color, pueden servir de complemento a casi todo el guardarropo femenino.

Con un poco de imaginación, pueden evocarse la impresión de nuevos efectos mediante la adquisición de accesorios nimios, y a esto debe ir encaminada la curiosidad femenina, pues el traje sastre unido a la capa es una base sobre la cual pueden edificarse múltiples impresiones atrayentes.

Las capas en cuestión son de origen netamente europeo. Por coincidencia inexplicada, en Escocia y en España encontraron desde hace siglos su apogeo, pero la elegante moderna, en vez del color unido que es la característica de la capa española,

prefiere los vistosos cruzamientos de la capa escocesa. Para los trópicos, esta prenda es evidente superflua, pero en ciertos países, las alturas montañosas del interior donde se asientan algunas capitales de importancia, gozan de temperatura templada y hasta fría en algunos periodos del año, que permiten lucir estas capas sin inconveniente alguno.

Worth aboga por el color blanco para los trajes sastre y de deporte, combinándolos con chaquetas de color amarillo, rojo, azul y celeste. Pateo manifiesta preferencia por las fantasías escocesas en las cuales el rojo y el verde predominan. Sus trajes de tenis en cambio son de pre-

qué de seda blanco, sin mangas, pero con brillantes corbatas multicolores.

Uno de los mejores zapateros de la Calle de la Paix, Perugia, presenta una zapatilla de cabretilla café, para la calle. Lucen en los lados unos adornos de piel blanca y tiene suela gruesa y tacón bajo. Las sandalias que parecieron olvidadas, han vuelto a su apogeo. Hace unos días se vieron en algunas vitrinas unas botas altas, reminiscientes de los olvidados días de 1912, pero los curiosos las contemplaron con la misma sonrisa de piadosa indiferencia que se observan las modas contemporáneas de los Faraoes.

# EL BUEN HUMOR DE LOS DEMÁS



— El avión sin motor... La pólvora sin humo... La telegrafía sin hilos... ¿Por qué no habrán inventado la dote sin esposa?...



ERA MUY LARGO

— ¿Cuánto vale el perrito?  
— Ochenta pesos.  
— Ochenta pesos?... Bueno, pues... demo nada más que medio metro.



El. — ¿Habla usted latín?  
Ella. — No. No he estado allí nunca.



— Pero, hijo: no estamos en carnaval y está prohibido salir a la calle con careta.

— ¿Y cómo a mamá la dejan?  
(De Nangel's Lustige Welt, Berlín).



— Ah, muy bien! Tú ves siempre cuando la cabeza me da vueltas, pero nunca cuando tengo sed.



— El pobre Jack está cada vez más distraído. Ayer besó a una mujer por equivocación.  
— ¿Creyó que era la suya?  
— Al contrario: no se fijó que lo era.



— ¿Qué bien se está aquí! ¿Que aire fresco, vivificante!  
— Es cierto. No comprendo cómo no har conitruído las grandes ciudades en el campo.



ENTRENANDOSE

Ella. — ¿Per qué me abrazas siempre con un solo brazo?  
El. — Me estoy adiestrando para cuando tenga un auto.



— Dígame a ese señor que no estoy y si insiste dígame que lo echaré a patadas.